

## ÉLITES Y CULTURA ESCRITA EN LA BARCELONA DEL QUINIENTOS

MANUEL PEÑA DÍAZ

La formación de las élites urbanas barcelonesas se realizó en estrecha relación con el ejercicio del poder y con su capacidad de influencia en el complejo social. El primer obstáculo que plantea la valoración de las actitudes de determinados y selectos barceloneses durante el Quinientos ante el libro y la cultura escrita, en general, es la opción que *a priori* supone definir, ampliando o acotando, el término de élites. Entre éstas, hallamos referencias a diversos grupos socio-profesionales y a sus estrategias para ocupar un papel decisivo y notorio en la sociedad urbana barcelonesa.

La sociedad barcelonesa del siglo XVI formaba, según James Amelang y Mariela Fargas, un gran complejo social dinamizado por lazos personales que rompían la división horizontal por grupos y que podían llegar a vincular miembros de unos y otros estratos, interrelaciones de proyección o de dependencia clientelar inscritas en una dinámica de intercambios, de permeabilidad, y de sociabilidades.<sup>1</sup> La existencia de estos cruces sociales implica, para el historiador, la dificultad de precisar cuáles son los límites de estas élites, de conocer con exactitud dónde termina el control y la influencia en el poder y dónde comienza el clientelismo capilar. La frontera —escribe García Cárcel— “que determinaría esa supuesta condición de élite elegida sería compleja. Incidirían componentes económicos (patrimonio y rentas), políticos (cargos públicos y poder institucional), jurídicos (títulos), sociabilidad (notabilidad, reconocimiento) y culturales (monopolio de la cultura hegemónica, capacidad de perpetuación a través de herencias culturales).”<sup>2</sup>

El soporte fundamental de las élites en Barcelona era el grupo de los ciudadanos honrados, en sus diversas formas de acceso —ciudadanos de matrícula

<sup>1</sup> Mariela Fargas, “Solidaritats familiars: llinatge i matrimoni entre els grups dominants. Barcelona, segle XVI,” *L'Avenç*, 164, 1992, pp. 14-19. James S. Amelang, “Distribució social i formes de vida (la societat barcelonina als segles XVI i XVII),” en J. Sobrequés (dir.), *Història de Barcelona. 4 Barcelona dins la Catalunya moderna (segles XVI i XVII)*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana-Ajuntament de Barcelona, 1992, pp. 165-211.

<sup>2</sup> Ricardo García Cárcel, “Presente y futuro de la investigación sobre las élites en la Cataluña del Antiguo Régimen,” *La cultura de las élites españolas en la época moderna*, Burdeos, CNRS (en prensa).

y de nombramiento real, *gaudins* (abogados y médicos)—,<sup>3</sup> la nobleza titulada feudal, y el alto clero firmemente entroncado con la ciudad a través de los canónigos. No obstante, esta primera aproximación sociológica oculta que, bajo la etiqueta de élites, se entremezclaban diversos grupos que ocuparon sus lugares no sólo en función de las estrategias familiares, de su pertenencia a los grupos privilegiados, o de su posición frente al mercado, sino también a partir de sus distinguidos usos y prácticas de la cultura escrita. De este modo, en las élites se fundirían, en mayor o menor grado, los estratos superiores de los conceptos estamentales clásicos de nobleza, burguesía y clero. Lo deseable sería prescindir de los criterios de riqueza, ocupación o estatuto jurídico, y abordar la reconstrucción de las élites desde las relaciones entre individuos, de grupos humanos cohesionados por valores compartidos. Es evidente que, si estudiamos los grupos humanos prestando especial atención a sus prácticas socioculturales en el ámbito de la cultura escrita y de la posesión de libros, más que a sus supuestas actitudes intrínsecas derivadas de sus grados de participación en las esferas de poder económico y/o político de la Barcelona del XVI, ampliamos el ámbito de acción y definición de las élites sociales para situarnos en los límites de las élites culturales. A pesar de que la categoría socio-profesional es la salida literal que nos permite un primer tratamiento de las fuentes, estas clasificaciones artificiosas no son utilizadas en este trabajo como definición previa de los comportamientos o actitudes de los individuos incluidos en ellas, sino al contrario, como grupos en los que se insertan valores culturales analizados *a priori*.

### *Prácticas de la cultura escrita*

La realidad cultural de las élites barcelonesas estuvo condicionada, según García Cárcel, por tres factores: la ausencia de la capitalidad estatal, la permeabilidad de estas élites y la progresiva receptividad cultural.<sup>4</sup> Ello no impidió, como apunta James Amelang, que la nueva élite dirigente barcelonesa, fruto de la integración de una aristocracia feudal y una oligarquía municipal rentista, justificase su posición social sobre la base de una serie de distinciones culturales afirmadas sobre un conjunto de creencias, valores y modos de comportamientos.<sup>5</sup> Estas actitudes culturales de las élites, que les permitían dibujar una nueva visión exclusiva y excluyente de las relaciones sociales, participaban también de uno de los recursos que definían el poder en la sociedad moderna: el dominio de la cultura escrita.

Es conocido el creciente arraigo en la época moderna de la idea del

<sup>3</sup> Véase James Amelang, *La formación de una clase dirigente, Barcelona 1490-1714*, Barcelona, Ariel, 1986; Joan Lluís Palos, *Catalunya a l'imperi dels Austria. La pràctica de govern (segles XVI i XVII)*, Lleida, Pagés editors, 1994.

<sup>4</sup> R. García Cárcel, *op. cit.*

<sup>5</sup> J. Amelang, *op. cit.*, pp. 107-198.

conocimiento de la escritura como signo de distinción social en determinados grupos sociales, sin olvidar que la instrucción era una inversión, ya que una formación básica en materia de escritura, lectura y aritmética constituían una buena ayuda para poder participar en los elevados beneficios que reportaban ciertas actividades.<sup>6</sup> Durante el siglo XVI esta dinámica socio-cultural que implicaba ascenso social y aptitudes escritófilas significó, según Maravall, que las élites de las ciudades se inscribieran en el estudio del humanismo clasicista deseando hacer suya una cultura distinguida que elevase su prestigio social.<sup>7</sup> Es en esta específica inquietud por la formación intelectual, en la que se podría situar el interés del *Consell de Cent* por financiar las escuelas de primeras letras y por refundar el Estudio General como respuesta a la demanda concreta de los sectores de la sociedad barcelonesa con una pujante posición de prestigio social, político o económico, y por tanto, más cercanos o inmersos en el ejercicio del poder, pero todavía distantes de la costosa práctica del tutor privado.

En efecto, la cultura triunfante en el siglo XVI, causa y efecto de la formación y pertenencia a las élites de la ciudad, estaba muy marcada por las prácticas de lo escrito en sus diversas manifestaciones:

1. La difusión de la escritura pública en espacios abiertos a todos los habitantes de la ciudad. La *scrittura esposta*, tal y como la ha definido Petrucci,<sup>8</sup> poseía una gran importancia por su colocación en un lugar público que permitía la lectura colectiva y a distancia. Desde la Alta Edad Media, el control de este espacio constituyó una potente estrategia de dominación simbólica. En Barcelona, como en otras ciudades europeas, la "escritura de aparato" era para la élite el signo evidente del poder que ejercía sobre la ciudad, exaltando la gloria y la legitimidad de su dominio. Esta presencia de escritura pública fue bien descrita por Dionís Jorba:

- Las casas del Illustre don Hyeronymo de Pinòs, a donde ay muchas figuras y diversos Epigramas y otras se leen y veen dignas de Memoria. Las casas de los nobles Agullanas, adornadas de muchos Epigrammas. Mas adelante ay en las dichas calles, algunas piedras escritas en latín del tiempo antiguo y otras también lineadas en la pared, las cuales son del tiempo de los Romanos.<sup>9</sup>

Esta exposición gráfica de la escritura fue, no obstante, más extensa que los ejemplos destacados por Jorba. Los rótulos de las tiendas, los avisos impresos, los anuncios manuscritos, la epigrafía popular corporativa, la poesía mural, o las escrituras pintadas permitían una apropiación por la masa urbana de la escritura

<sup>6</sup> C. Cipolla, *Educación y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 46 y ss.

<sup>7</sup> J. A. Maravall, *Estado moderno y mentalidad social*, Madrid, Revista de Occidente, 1972, vol. II, p. 162.

<sup>8</sup> A. Petrucci, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turin, Einaudi, 1986.

<sup>9</sup> D. Jorba, *Descripción de las excelencias de la muy insigne ciudad de Barcelona*, Barcelona, Imprenta de Hubert Gotard, 1589, p. 26.

expuesta que, de este modo, disputaba al poder el monopolio del espacio gráfico.

2. El uso de la lectura y de la escritura no se tradujo obligatoriamente en un consumo regular de libros; ni tampoco en una práctica constante de leer y escribir. Por ello, introducimos un término que puede permitir, a pesar de sus limitaciones, una aproximación al uso y presencia del escrito en el mundo urbano barcelonés: el nivel de familiaridad con el escrito. Con ellos expreso el contacto directo o indirecto que, en el espacio privado de la casa, poseían los barceloneses del XVI con la lectura y la escritura, y medible por las anotaciones que se realizaban en los inventarios post-mortem (IPM) sobre cualquier documento escrito y/o libro. Las cifras resultantes son, con casi total seguridad, inferiores a los niveles de alfabetización que pudieron existir en Barcelona en esta centuria para la población masculina; sin embargo, permiten cubrir parcialmente este vacío y, de manera más certera, valorar, en palabras de Antoni Simon Tarrés, la "aventura de escribir,"<sup>10</sup> para cuantificar y analizar los documentos privados dirigidos a la propia familia o a un grupo restringido de lectores.<sup>11</sup>

En los niveles de mayor familiaridad con el escrito (80-70%) se agrupan profesiones de casi total alfabetización: el clero (alto clero, canónigos y presbíteros) y profesiones liberales (juristas, notarios, médicos, docentes). El grupo intermedio (60%) está compuesto por la nobleza y las profesiones mercantiles (mercaderes, tenderos, negociantes, corredores). Los niveles más bajos de familiaridad con el escrito (por debajo del 30%) corresponden al grupo de los funcionarios, profesiones manuales y campesinos.

3. Para poder ejercitar el arte y la necesidad de escribir es imprescindible una serie de utensilios básicos. La diferencia entre los distintos grupos socio-profesionales residía en la calidad y forma de estas herramientas. La riqueza y prestigio social era, evidentemente, signo de distinción en el ejercicio de la escritura. El ciudadano honrado Miquel Bastida guardaba en una caja de su estudio "unas stisores y dos ganivets, dos sagells en poms de fusta y son de lauto."<sup>12</sup> En la almoneda de los bienes del difunto Francesc de Milà, canónigo, el presbítero Mongo adquirió un curioso "tinter de modo de libre" por dos sueldos y seis dineros.<sup>13</sup> Y a medida que ascendemos en la escala de los privilegiados, más selectos son los útiles; el noble Lluís de Vilademany y de Cruïlles es un ejemplo de este extremo: "Item un llibret de memorias ab sos tancadors y agulla per scriure de plata."<sup>14</sup>

<sup>10</sup> A. Simon, *Cavallers i ciutadans a la Catalunya del Cinc-cents*, Barcelona, 1991, pp. 21-24.

<sup>11</sup> Para el conjunto de los cálculos y los resultados obtenidos véase M. Peña, "El uso social de la escritura en Barcelona en el siglo XVI," *Manuscripts*, 11, 1993, pp. 143-168.

<sup>12</sup> Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona (AHPB), Francesc Pedraibes, *Cuatro pliegos de inventarios sueltos de varios años* (I) (1589).

<sup>13</sup> Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona-Archivo Notarial (AHCB-AN), I,24 (1541).

<sup>14</sup> AHPB, Lluís Rufet, *Legajo de inventarios sueltos*, 1553-1580 (1573).

Aunque se percibe cierta desigualdad entre las élites ante el uso y posesión de documentación escrita, no cabe duda que la intensidad de esta práctica dibujaba los límites de las élites culturales barcelonesas. Nos interesa conocer ahora cuáles fueron sus actitudes ante el libro.

### *Posesión y actitudes ante el libro*

La lectura y los libros son un excelente indicador cultural de un país. A partir de un índice de posesión de libros, de un inventario post-mortem ¿se puede establecer los diferentes modelos de lectores en relación con su categoría socio-profesional?, ¿se pueden dar por supuestas normas de comportamiento que definan la composición de las élites? Las respuestas a diversas cuestiones como cuál fue el impacto de la imprenta, cómo participaban en el comercio librero, qué espacios de la casa eran los utilizados para la lectura, cómo se transmitían los libros, o cuáles fueron los principales intereses culturales nos permitirá aproximarnos a un conjunto de actitudes culturales compartidas, aunque divergentes, entre las élites barcelonesas.

1. Los abogados parecen ser los primeros beneficiados por el desarrollo de la imprenta europea. Son los principales clientes de las librerías. La tradición jurídica medieval catalana y las numerosas impresiones de obras de derecho civil y canónico realizadas en Lyon, principalmente, componen el grueso de la demanda librera de los juristas. La imprenta y las importaciones de la librería barcelonesa permitieron que los abogados fueron el grupo de las élites barcelonesas con el nivel más elevado de posesión de libros entre 1473 y 1600 (87%) y la media de libros por biblioteca más alta (166,86 títulos).

El clero y las instituciones eclesiásticas solicitaron con frecuencia a los tipógrafos multiplicar los libros de carácter religioso, fueran de devoción, textos sagrados u obras de teología. El 74% de los IPM del clero poseían libros, aunque con una media de libros muy por debajo de la observada entre los juristas (21,5 títulos los presbíteros y 36,5 los canónigos).

La nobleza es el grupo que tiene el mayor crecimiento en el número de posibles lectores en la primera mitad del XVI, un incremento del 10% (del 41 al 51%) que no viene acompañado de una multiplicación de la cantidad de ejemplares en las bibliotecas. Esta pérdida de impulso acumulativo de libros (de 89,2 a 24 títulos por biblioteca entre 1501 y 1550), en las estanterías de la nobleza, está directamente relacionada con el retraimiento libresco de los ciudadanos honrados. En los IPM realizados desde 1510 hasta 1525, el 80% de estos ciudadanos poseían libros, con una media de 55,5 ejemplares por biblioteca. En el período siguiente (1526-1550), el porcentaje de ciudadanos honrados que tenían libros descende al 56 y la media de libros a 21,55 por biblioteca.

Los notarios (50% de IPM con libros entre 1473 y 1600) y los médicos

(63%) completan la élite cultural de la ciudad; a diferencia de sus actitudes hacia la escritura, los mercaderes con un 33% se distancian del grueso elitista de poseedores de libros.

2. El espacio privado no es necesariamente signo de lectura en silencio, sí lo es, sin ser contradictorio, de una lectura íntima y reservada. En la segunda mitad del siglo XVI se observa un ligero descenso en el porcentaje de poseedores de libros entre las élites. En otro lugar hemos propuesto una hipótesis explicativa a esta alteración en la difusión del libro:<sup>15</sup> es posible que el clima de inseguridad y sospecha generado por la capacidad represora y preventiva de la Inquisición se superpusiera a la multiplicación de libros impresos, e incluso de posibles poseedores de libros. Los inventarios nos ocultan aparentemente esta realidad, sin embargo, nos transmiten de manera indirecta cómo el control inquisitorial del libro y de la lectura favoreció la privatización tanto del objeto como de su uso.

La ubicación de los libros, a medida que avanzamos en el siglo, en distintos o nuevos y especializados espacios de la casa, es la mejor muestra de este proceso que tiende a una mayor intimidad, reserva o prudencia ante la censura y el riesgo de excomunión. Los juristas, la pequeña nobleza y los ciudadanos honrados disponían de un mayor número de espacios de servicios en sus viviendas que les permitió resituarse sus libros en habitaciones especializadas como los "estudios." El clero combinó diversos lugares para ubicar sus libros, con una clara tendencia en las últimas décadas a dejarlos en las capillas donde ejercían su ministerio pastoral. Por último, se detecta un cambio que podríamos denominar "de la sala a la cambra," un proceso que supone una distribución selectiva de las lecturas hacia espacios más reservados de la casa, y que supone abandonar lugares más abiertos al público como la sala o el vestíbulo.

3. La presencia entre los barceloneses de la cultura escrita en todas sus manifestaciones era, obviamente, más amplia que la simple posesión del libro. Con la llegada de la imprenta las posibilidades de acceso al escrito fueron mayores, el libro o cualquier tipo de impresos se encontraban disponibles en diversos lugares públicos de la ciudad. La calle Llibreteria y los alrededores de la Plaza Sant Jaume sostenían, como describía Jorba, el grueso fundamental del comercio librero en su vertiente corporativa. Paso obligado para muchos recorridos, las librerías de esta zona se abrían al exterior con sus seleccionados escaparates, incitando a la ojeada y a una progresiva familiaridad con el libro como objeto comercial impreso. Pero ¿qué libros expuestos en las mesas de la puerta eran un reclamo para la clientela? El 28 de septiembre de 1551 cualquiera que pasó y se detuvo ante la tienda de Jeroni Pi pudo ver los siguientes libros:

<sup>15</sup> Véase M. Peña, "Libro e Inquisición: conflictos y actitudes sociales en Barcelona en el siglo XVI," *Historia Social*, 14, 1992, pp. 85-95.

Memorial del que té mossèn Geroni Pi per a parar la botiga per a parar a la porta.

Un Ovidi de Faustibus fº

1 Maiore super fisico fº

1 Etica ab comento de Bureo fº

1 Sermones Orati fº

1 Filipicas de Cicero cum comento 4º

1 Eticas de Argiro Pio 4º

1 Alexandro Florensium 4º

1 altro libre de 4º

1 Epistoles Tuli de quintum fratrem 8º

1 Retorica Tuli

1 Tuli de natura deorum

1 Breviari de Brisunsie

y 2 librets de 8º.<sup>16</sup>

Queda claro que el aristotelismo y el ciceronianismo seguían vendiendo en la ciudad, o, dicho de otro modo, que los compradores potenciales a los que intentaba llamar la atención el librero eran estudiantes y profesores del Estudio General. A estos grupos se añadían los juristas y el clero como los compradores más habituales de libros.<sup>17</sup>

Sin embargo, los juristas no mostraron excesivo interés en la venta de libros al encante. En la subasta de los libros del Cardenal Margarit en 1509,<sup>18</sup> el corredor Matamalla pagó a Marco Antonio Vilar, escribiente, dos sueldos "per portar lo memorial dells libres de leys per casa dels juristes en Barchinona." A pesar del interés jurídico que ofrecía la biblioteca del Cardenal, sólo un jurista acudió a la almoneda. Sus deseos de distinguirse como parte de la élite de la ciudad, o la específica temática de la mayoría de los libros utilizados por los juristas podría explicar que éstos prefirieran entrar en las librerías, o comprar por encargo, antes que participar en lugares de sociabilidad más abierta. Pocos encantados de juristas presentan libros en las subastas, y cuando los hay son los libreros quienes compran la totalidad de las obras. Los médicos manifiestan, respecto a los encantados, actitudes semejantes a los juristas, ni asisten a las subastas, ni ponen a la venta sus libros, y si en algun caso se hizo, como el de Pere Joan Mascaros, su destino fue semejante al de los abogados: "Item se son venuts tots los libres continuats en lo inventari fet dels bens del dit Mascaros a Cerio Marino mercader genovés."<sup>19</sup> La nobleza tampoco debió utilizar con frecuencia el medio de la subasta pública para solucionar problemas económicos;

<sup>16</sup> Estos libros los había recibido Jeroni Pi en comisión del librero Joan Bages (véase Jordi Rubió-Josep M<sup>a</sup> Madurell, *Documentos para la Historia de la Imprenta y Librería en Barcelona, 1474-1553* (DHILB), Barcelona. Gremio de Editores, 1955, doc. 505).

<sup>17</sup> Véase M. Peña, "Librería y edición en la Barcelona del XVI: el librero-editor Joan Guardiola," *Manuscripts*, 9, 1991, pp. 345-367.

<sup>18</sup> DHILB, doc. 274.

<sup>19</sup> AHCB-AN, I.42 (1590).

la mayoría de los bienes, y en concreto los libros, debieron seguir el camino de la herencia.

Los eclesiásticos destacan notoriamente en la circulación interna del libro en su estamento privilegiado. Omnipresentes en los encantos, adquirían la mayor parte de los libros que habían pertenecido a compañeros o a miembros del grupo en general; breviarios, misales y diurnales constituyeron el grueso fundamental de los libros adquiridos, pero, no los únicos.

Junto con los presbíteros, los notarios son el otro grupo socio-profesional que frecuentó a menudo las subastas de bienes públicos como compradores; el previo conocimiento que tenían de las lecturas de sus clientes les permitía un acceso privilegiado al mundo del comercio del libro de segunda mano.

4. La transmisión cultural de la herencia inmaterial a través de los libros es bien patente entre determinados grupos de las élites barcelonesas. Continuidad pero también proyección de futuro, perpetuación de la memoria familiar al tiempo que deseos de ascenso en la escala social, son algunas de las actitudes que observamos entre juristas, médicos o nobles.

Los profesionales de la medicina o del derecho solían optar por la transmisión de sus libros herramientas a un familiar o amigo que ejerciera la misma profesión. Un buen ejemplo es la cesión directa que el doctor en derecho Jeroni Albanell hizo de sus libros a su hijo Jeroni Joan Albanell, también jurista, quien en el inventario "digueren que no'ls volia specificar per quant ells ho tenien presents y specificats."<sup>20</sup>

Los libros de horas transmitidos de generación en generación, prolongando el recuerdo del primer propietario en el seno del círculo familiar, fueron objeto de especial atención entre los nobles. Entre el conjunto de libros que cedió Jerónima de Hostalric a María de Cardona destacan estos libros de plegaria.<sup>21</sup> Joana Dionisia Llull y de Sentmenat, hija de Catherina de Sentmenat, tenía los mismos libros que su madre: un maravilloso libro de horas y una Biblia lujosamente encuadernada,<sup>22</sup> etc.

La continuidad familiar de la colección librera se manifiesta de forma expresa en los testamentos. Joan de Comallonga, caballero y lugarteniente y protonotario del emperador, dispuso:

Item mando que mis libros sean para un hijo si lo hoviere y sino que sean para Thomàs de Comallonga mi primo si estudiase, los quales se les den por sus tempos según lo que aprovechar en el studio y los más se le guarde para quando sté de assiento en Barcelona, a arbitrio de mis testamentarios.<sup>23</sup>

<sup>20</sup> AHCB-AN, I 22 (1505).

<sup>21</sup> AHPB. Lluís Rufet, *Legajo de inventarios sueltos*, 1553-1580 (1579).

<sup>22</sup> AHPB. Antoni Anglés, *Legajo de inventarios y almonedas*, 1513-1539 (1538 y 1539).

<sup>23</sup> AHPB. Jeroni Mollet, *Plego de escrituras sueltas*, año 1535 (30 de mayo de 1535).

En el estamento eclesiástico las fuerzas centrífugas son más poderosas que el agrupamiento, de este modo la dispersión de la biblioteca se vuelve inevitable. Los destinos elegidos por el clero para transmitir sus libros son variados, pero con muchos elementos en común: familiares, instituciones, compañeros, etc. Los eclesiásticos cedieron sus libros a los círculos más próximos, en su mayoría también clérigos, realimentado de este modo la formación y la reproducción cultural y profesional. Las cláusulas testamentarias de distintos protocolos así lo muestran.

El testamento del presbítero Jaume Cassà, hijo del pelaire Antoni Cassà de Verges, es un buen ejemplo de las diversas vías de transmisión cultural que se realizaban desde el ámbito eclesiástico: a su primo hermano Antoni Cassà, también presbítero, le dejó el mayor número de obras, 9 títulos además de "tots los papers meus que se trobaran scrits de mà sua"; al padre Joan de Calatrava "per bona amor dos missals romà y de Llió aquell que més estimara," además del *Abecedario* de Osuna, la Biblia, etc. que él había heredado del Padre Pérez. Las donaciones continúan a otros presbíteros, frailes, doctores, primos hermanos, hermanos, y amigos, entre ellos al hijo de un amigo espartero, un maestro, un mercader, "y a la senyora Ana Maria Milsocos, muller sua carissima y nostre spiritual filla," y al grupo de mujeres —de afición desconocida— del círculo de la señora Maria Joana de Gelabert, llamada por los padres de este círculo "nostra mare," la mayor parte de los libros, además de los prestados "perquè ella ne disponga com vulla." ¿Acaso los libros dejaban de ser vehículo de transmisión cultural, para convertirse no en signos de distinción ni en lecturas efectivas, sino en simples objetos vendibles, de pago por servicios prestados?:

Item deix a la germana Isabel, criada de dita senyora Gelaberta, mare nostra, per molts serveys que d'ella havent rebuts tots los Parcs, tota la summa de diners que se traurà de les perfectes y complides obres de sant Thomàs impressas en Roma, que son deset tomos en full gran relligats ab cartro y plegami...

Item deix a la germana Eulàlia, criada de la dita senyora, tota la summa de diners que se traurà de les obres de Surio de Vitis Sanctorum, que son set tomos en full.<sup>24</sup>

5. El libro como objeto de vínculo y de negociación. Calificar de acto privado el hecho de poseer un libro según refleja un inventario post-mortem, es ignorar las redes de intercambios, de préstamos que se producían en la ciudad, paralelas a los vínculos socio-culturales, al complicado tejido de solidaridades superpuestas, a los lazos que unían a los individuos tanto horizontal como verticalmente. Es olvidar también las diferentes prácticas de lectura que presenta un libro.

Las bibliotecas privadas se formaban por las compras y la herencia, y

<sup>24</sup> AHPB, Maties Pastor, *Libro testamentos* años 1587-1605. Redactado el 2 de agosto de 1589 y publicado el 29 de septiembre.

también por los préstamos, los regalos, la posesión compartida o los empeños. Los préstamos de libros fueron muy habituales en la Barcelona del XVI en todas las capas sociales susceptibles de acceder al escrito, y especialmente entre las élites culturales. En los circuitos de intercambios de libros destacan, una vez más, los eclesiásticos, en los que predomina una clara tendencia endógena. Son libros, en su mayoría, destinados a ser usados en el ejercicio de su ministerio.

El prior Francesc Asbert había utilizado “un breviari scrit en pregamí...istoriat, aquest breviari a estat restituit a R<sup>o</sup> Abat de Sant Cugat per quan se diu era seu.”<sup>25</sup> El canónigo Joan Comes había prestado varios libros: “un libre de paper de stampa apellat istories eclesiàstiques les quals té mossèn Manterna...un altre libret de pregamí apellat constitucions capitulus té lo rector de palau.”<sup>26</sup> El canónigo Onofre Oller tenía “una biblia in foleo que se diu lo senyor canonge Onofre Ycart ha verle prestada al dit q<sup>o</sup> señor deffunt” y “nou llibres de mà de coses de doctrinas de consili...del q<sup>o</sup> m<sup>o</sup> Pau Oller prevere.”<sup>27</sup> El canónigo Miquel Portes tuvo en su extensa biblioteca un “Cathalogus glorie mundi..., és de mossèn Pere Nicholàs Pererol, prevere.”<sup>28</sup> En el inventario del presbítero Jeroni Planella se anotó:

Té lo rector de Ribelles lo breviari que lo senyor Planella se servia ja usat y un altre que's diu Directorium curatorum. Bartholomeus Anglicus de proprietatibus rerum. Cornucopiae. Los Decretals de Gregori noni. Lo Decret. Sextus libre Decretalium. Les Clementines. etc.<sup>29</sup>

Conocemos más casos, pero éstos son suficientes para observar la actividad del clero en el ámbito de los intercambios de libros, y por extensión la hegemonía cultural del clero entre los lectores de la ciudad; el préstamo interesado o “forzoso” del noble Joan de Guimerà es un buen ejemplo:

Item una sort de llibres estampats de diverses istories les quals en vida del dit señor don Joan de Guimerà y de Papiol q<sup>o</sup> foren aportats en casa del señor canonge Vileta per a fer regonexer aquells per a saber si ni havia algú que fos prohibits los quals llibres fins vuy no son cobrats y estan en poder del dit señor canonge Vileta.<sup>30</sup>

Existen otros circuitos en los que intervienen clérigos, más allá de la horizontalidad anterior, y distintos ciudadanos barceloneses. El primero corresponde a los préstamos entre miembros de una misma familia, como en el caso de los Colom; en el inventario del maestro en artes y medicina Francesc Colom se registró la siguiente nota marginal:

<sup>25</sup> AHCB-AN, I.17 (1491).

<sup>26</sup> AHCB-AN, I.15 (1485).

<sup>27</sup> AHPB, Salvador Coll, *Pliego de inventarios*, 1594-1600 (1594).

<sup>28</sup> AHPB, Andreu Miquel Mir (menor), *Legajo de inventarios*, 1541.

<sup>29</sup> AHPB, Francesc Pedralbes, *Cuatro pliegos de inventarios sueltos* (1590).

<sup>30</sup> AHPB, Francesc Pedralbes, *doc. cit.*, (1583).

"A VII de juliol los libres devall senyalats del propi senyal 0 que són set libres, foren restituyts a mossen Ramon Colom, prevere beneficiat en Santa Coloma, lo qual afirmà los havie comenats al mestre Colom, son honcle, ensemps ab sis altres qui no eren continuats en lo present inventari, los quals aximatex li foren restituyts."<sup>31</sup>

En otro ejemplo nos queda la duda de la razón material de los préstamos. En el inventario del presbítero Melcior Vidal se anotaron cesiones al fraile Raphel Vidal, sobrino del difunto, y devoluciones de libros al pelaire Antoni, entre ellos una obra de física y el *Regimen de sanitat* de Arnau de Vilanova, ¿estamos ante un caso de alquiler de libros?<sup>32</sup> Los interrogantes también se plantean fácilmente ante "préstamos" como los siguientes: el tendero de telas Gabriel Valls tenía en su estudio "diversos libros de medecina son de mestre Carol Massià segons digueren,"<sup>33</sup> ¿los tenía para venderlos?.

Los préstamos existieron también entre lectores de otras profesiones: el jurista Pere Vila tenía varios libros de derecho (una *Lectura* de Joannes de Platea, unas *Decisiones* de Nicolas Bohier y otras de Francisci Marci) del también jurista Pocurull.<sup>34</sup> En el inventario del protonotario Miquel Amat su criado Joan de Moros aseguró que "su merced havia prestado las constitucions de Cataluña y el Calis que tenía m. Copons, las constitucions tiene el Protonotario y creo se quedará con ellas."<sup>35</sup> En el inventario del médico Miquel de Montleó se tachó un ítem con "la segona part de sant Thomàs," porque "aquest libre era de Janer not, y per ço liurat."<sup>36</sup>

No obstante, la mayor parte de los libros prestados de los que hemos hallado alguna noticia eran obras de temática religiosa. El notario Galceran Balaguer había dejado a mossèn Pere Joan las *Epístolas* de San Pablo;<sup>37</sup> la noble Leonor de Guzman había prestado a misser Janer un *Flos Sanctorum*;<sup>38</sup> el presbítero Pere Busquets había utilizado una Biblia de mossèn Francesc de Sant Climent,<sup>39</sup> y por supuesto no podían faltar los libros de horas, el ciudadano honrado Francesc Vernagal tenía unas horas "bellas que eran de sr. Jacobo Ani;"<sup>40</sup> tenían tanto valor estos libros para la nobleza, que el presbítero Juan de Almonaci, capellán de Lluís de Requesens y de Jerónima de Hostalric, reconoció que en diferentes fechas le fueron entregados en comanda diversos objetos que fueron de dicha Jerónima, y entre ellos, estos ejemplares tan cuidadosamente encuadrados:

<sup>31</sup> AHPB, Joan Jeroni Canyelles, *Bursa inventariorum*, 1519-1539 (1529).

<sup>32</sup> AHCB-AN, 1,15 (1485).

<sup>33</sup> AHCB-AN, 1,25 (1515).

<sup>34</sup> AHPB, Pau Mallol, *Pliego de inventarios sueltos*, 1555-1586 (1586).

<sup>35</sup> AHPB, Lluís Rufet, *Legajo de inventarios sueltos*, 1553-1580 (1568).

<sup>36</sup> AHCB-AN, 1,25 (1514).

<sup>37</sup> AHCB-AN, 1,28 (1524).

<sup>38</sup> AHPB, Lluís Rufet, *Legajo de inventarios sueltos*, 1553-1590 (1571).

<sup>39</sup> AHPB, Joan Marc Miquel, *Liber primus inventariorum et encantauum*, 1503-1521 (1521).

<sup>40</sup> AHCB-AN, 1,28 (1524).

Item tres hores scrites de mà de pergami illuminades, les unes ab cubertes de vellut de carmesí, altres ab cubertes de cuyro colorat ab tancadors de plata y ab unes certes armes y altres ab cubertes de cuyro leonat ab los tancadors de plata estimades totes en tres lliures.<sup>41</sup>

El comercio del libro en la ciudad de residencia del lector era insuficiente para surtir a las élites intelectuales catalanas. La correspondencia es, sin duda, una fuente excelente de noticias para conocer los gustos literarios y las necesidades librarias de estas élites, que conjugaban el interés por la novedad y por el libro antiguo. Estas noticias nos advierten de redes de relaciones en las que sus miembros otorgan al libro y a las informaciones sobre libros un papel estimable en sus vínculos socioculturales, tanto como signo de amistad como de valor de cambio.

El 10 de julio de 1533, Pere Joan Freixe escribía desde Barcelona a su hermano Bartomeu, estudiante de gramática latina en el estudio del humanista Jaume Romanyà en Mallorca, que “D’ací vos haguera tramesos molt[s] llibres moderns i bons per estudiants, si hagués tengut diners, perquè ací són molt mercat.” Su correspondencia continúa desde Valencia y, más tarde, desde Roma, y ejerciendo ya como agente librero para los círculos de eclesiásticos mallorquines, comunica el envío de estampas y libros, incluye una completa “Nomina librorum humanarum litterarum” con 51 títulos de autores clásicos grecorromanos, de Bocaccio, Poliziano, Pontano, Alberti, Filelfo, Biondo, Mario Nízzoli, Maio, etc.;<sup>42</sup> y utiliza esta información como moneda de cambio para mover los mecanismos de la redes clientelares del clero mallorquín con el fin de obtener un beneficio eclesiástico:

Ja us havia escrit me parlásseu ab mestre Romanyà que parlàs ab lo senyor oficial si es podia haver algun benefici a pensió, com ha hagut mossèn Costurer i altres; no sé què us haureu fet; avisar-me n’heu. I si us trobau *in confabulando* ab mestre Romanyà, que no pot ésser manco, li direu que jo us he escrit que he vists tants bells llibres ací d’humanes lletres, part dels noms dels quals seran ab la present que satisfarien molt per ell, qui fa tal professió.<sup>43</sup>

Las relaciones son fundamentales para solucionar problemas con libros encargados. Joan Jubí, obispo auxiliar de Barcelona, se dirigió al inquisidor de Mallorca Nicolau de Montayans el 10 de mayo de 1557 porque el librero mallorquín Isern,

<sup>41</sup> AHPB, Lluís Rufet, *Manual 34*° años 1579-1581, ff.11-13. Documento fechado el 7 de febrero de 1580.

<sup>42</sup> En este listado resulta extraño que el primer libro corresponda al *De priscorum verborum proprietate* de Maio, y a continuación se recomienden los léxicos latinos medievales, el *Catholicon* y el *Mamotretus*, como libros humanistas.

<sup>43</sup> *Epistolari del Renaixement*, M. Cahner ed., Valencia, Clàssics Albatros, 1977, pp. 177-197. El subrayado es nuestro.

me té venuts certs llibres, dels quals la nòmina serà introclusa, i té bona part dels diners, lo que no crec negarà, i si ho nega jo inviaré lo procés testimonial de tal cosa construït per lo senyor inquisidor d'ací, del qual só jo familiar, i excusa's que vostra reverend paternitat los remira i no els despedeix; així, suplique si és així los mane despedir, perquè los senyors inquisidors me tenen donada facultat jo puga tenir qualsevol llibres, encara dels prohibits, i, si és pretexto i simulació del llibrer per no haver d'enviar los llibres, vostra reverend paternitat manarà cobrar-los de qualsevol que els haja comprat, puix són meus, i, si pretén cobrar diners de mi, vostra reverend paternitat, farà fiança fins que jo satisfaga la resta dels diners o en Mallorca o Barcelona de la manera ordenarà. Esta justicia espere de vostra reverend paternitat perquè no sia llibrer en lo nombre dels qui fins ací m'han burlat. Prou diners me van en haver fetes cortesies a mallorquins.

Pertenecer a la red clientelar del Santo Oficio en Cataluña facilitaba la concesión de licencias de lecturas de libros prohibidos; no obstante, Jubí argumentaba otra poderosa razón: la reciprocidad de favores y servicios en el seno del alto clero.

En la circulación de libro a distancia, las élites privilegiadas empleaban cualquier medio con el objetivo de conseguir determinadas lecturas, imprescindibles por razones de estatus o de prestigio, o incluso por simple curiosidad, según parece reconocer el obispo al citado inquisidor en la respuesta del 20 de junio, con un tono menos exigente que en la anterior carta:

Quant als llibres, folgaria molt que els m'enviassen tots, i los dos o tres juntament, ab tal condició, que dins dos messos jo els tornaré als qui pretenen haver comprat: só jo un poc curiós i vull veure què és lo llibre; vostra mercè farà lo que aprarrà, i si de tots és servit, tots los deixaré.<sup>44</sup>

Vínculos familiares, solidaridades horizontales y verticales, y por supuesto, lazos de amistad y relaciones comerciales, todas las prácticas sociales eran válidas en este circuito de intercambios con el libro como centro de atención. Las élites intelectuales compartían y permutaban conocimientos y noticias sobre libros. El jurista Lluís Ponç Icard escribió desde Tarragona (7-5-1573) una carta a Antonio Agustín, entonces obispo de Lleida, comunicándole la noticia del hallazgo en "Barcelona, en casa d'un sastre o remendó, qui ven també llibres i té casa a les voltes davant San Sebastià," de un libro manuscrito del historiador griego Sozomé, y ante la imposibilidad de comprarlo por el elevado precio exigido por el sastre, le sugiere:

Puis me paregué llibre molt curiós i raro, i vostra senyoria té lo poder i és amic de tals llibres, m'ha paregut fer-ho a saber a vostra senyoria perquè se li porrà escriure a Barcelona a mestre Nunyes o a qui serà servit que el faça veure i no es perda la

<sup>44</sup>*Ibid.*, pp. 103 y 105.

memòria de dita història.<sup>45</sup>

El libro, al parecer, fue comprado. Antonio Agustín era el centro de una red de relaciones en la que confluían estas informaciones.<sup>46</sup> Efectivamente, como sabía Ponç d'Icard, Pedro Juan Núñez mantenía una estrecha correspondencia con Antonio Agustín. En una carta escrita en Zaragoza el 11 de septiembre de 1566, el humanista valenciano le comunicaba que:

Quanto a lo de los libros hasta octubre no suele acudir cosa ninguna, sólo entendi el otro día de unos adversarios libros que había publicado Tumebo, pero no los he visto sino sólo allegados. Pedro Marzo si plaze a diós vendrá este mes, que si el ayre de Roma no le ha mudado la condición partirá liberalísimamente lo que de allá trayese.<sup>47</sup>

A su vez Antonio Agustín conocía muy bien, por sus años de juventud, el mercado italiano;<sup>48</sup> mientras ocupó la Seo de Lleida mantuvo contactos directos con el mundo del libro en Venecia a través de su agente el griego André Darmario, quien le conseguía libros llegados desde Grecia.<sup>49</sup>

6. El libro como vehículo de receptividad cultural. A fuerza de buscar coincidencias, evitando las diferencias, sería posible trazar los rasgos básicos del modelo de lector de las élites culturales barcelonesas del quinientos. Sin embargo, considero que los modelos enmascaran una realidad más compleja de estrategias y actitudes que otorgan un carácter pluridimensional mucho más acentuado al término de élites culturales. El contexto económico, político, o la orientación profesional se han de fundir con los gustos culturales para poder apreciar intereses, especializaciones, vocaciones o placeres, como muestras de distinción social o de combinación de actitudes reconciliadas en el ámbito de lo cotidiano, de lo familiar, de lo íntimo al tiempo que de lo público?

La herencia cultural italiana que se asumió a partir del dominio y de los intercambios socio-económicos catalanes en la Baja Edad Media es perceptible

<sup>45</sup>*Ibid.*, p. 84.

<sup>46</sup>El mismo Ponç d'Icard le comunicaba el 12 de mayo de 1576, además de varias inscripciones romanas, la noticia de la publicación de *Las antigüedades de las ciudades de España* del humanista castellano Ambrosio de Morales, en cuyo libro se hallaban, según le dijo el librero Salom, "tots los epigramas de Tarragona. Lo que tinc per impossible hi sien tots, si ja no els té dels de vostra senyoria" (*Ibid.*, p. 88).

<sup>47</sup> Biblioteca Universitaria de Barcelona (BUB), manuscrito 94. He tenido conocimiento de esta carta gracias a Antonio Fernández Luzón que está realizando un estudio sobre la universidad de Barcelona y la labor del humanista valenciano Pedro Juan Núñez en ella.

<sup>48</sup> En el epistolario latino de Antonio Agustín se hallan numerosas noticias de préstamos, encargos y compras realizadas por él en Italia (Véase C. Flores Sellés, *Epistolario de Antonio Agustín*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980).

<sup>49</sup> En una carta enviada por este agente le comunicaba que no tenía dinero para pagar los libros llegados desde Grecia, la lista es extensa (BUB, ms. 94).

en la posesión de libros. La italianización de muchas lecturas se prolongó hasta mediados del XVI y alcanzó a todos los grupos sociales, especialmente, a la nobleza titulada y a los ciudadanos honrados. La familiaridad con la lengua italiana no debe entenderse como un ejercicio de resistencia a la castellanización. Ésta se acentuó en el último tercio del XVI, antes de estas fechas la posesión de libros en castellano no superó a la de los textos en italiano o en catalán; únicamente los mercaderes son los primeros en castellanizar buena parte de sus lecturas, el resto de las élites son de castellanización tardía y nunca absoluta, el latín siguió siendo hegemónico, sobre todo, en los círculos próximos al Estudio General. Existieron interferencias, confluencias, pero nunca imposición exterior del castellano. Además, la diglosia en la lengua literaria, escrita y leída, afectó a lo que se denomina "alta literatura," los pliegos con romances, oraciones o coplas, los manuales de uso común y cotidiano, etc., fueron impresos y consumidos mayoritariamente en catalán, y las élites no fueron ajenas a este circuito.

Es obvio que la mayor diferencia en la temática de los libros de las élites nos remita a textos "útiles" o profesionales; mientras que los juristas destacan por poseer grandes bibliotecas especializadas, el clero tiende a concentrar sus "herramientas" en bibliotecas de menores dimensiones.

El libro religioso invadía todos los niveles sociales. Los libros de devoción eran los que poseían una circulación más intensa, eran el mayor conjunto de "libros en suspensión," esa gran cantidad de libros que iban cambiando de manos a lo largo de los años, y que tenían el encanto como principal lugar de redistribución. Los compradores de estos libros religiosos no tenían, al margen del clero, un perfil socio-cultural definido, no existían clientelas específicas para este tipo de lecturas. La diferencia residía en la calidad y variedad de estos libros, destacando sobre todo la nobleza con libros de horas como joyas de gran valor artístico y familiar.

Las élites nobiliarias y eclesiásticas son también las que manifiestan un mayor interés por el lulismo y el eiximenismo, ni juristas ni médicos parecen participar de las lecturas heredadas de la literatura medieval catalana, tan sólo los mercaderes mostraron un relativo favor por las obras de Eiximenis.

En general el conjunto de las élites poseían libros de clásicos o humanistas, aunque con matices importantes. Mientras los clásicos abundan en las bibliotecas de nobles en la primera mitad del siglo XVI, en la segunda parte de la centuria son los juristas los que poseen una mayor cantidad y variedad de estos textos, sobre todo de historia. La educación elitista como signo de distinción social se acentúa en el uso de las gramáticas, los juristas fueron los más receptivos a novedades o a otras alternativas para el aprendizaje del "buen" latín, en sus bibliotecas hallamos un gran número de gramáticas, especialmente de Erasmo y Valla. El clero se resistió a abandonar los manuales medievales, pero incluso una vez asumido Nebrija, los eclesiásticos serán los que muestren una mayor fidelidad a los textos latinos del gramático hispano.

Por último, la literatura en vulgar alcanzó a todos los grupos de las élites, entre los libros catalanes destaca la recepción de los poemas de Ausias Marc, el *Tirant lo Blanc*, y las *Històries e conquestes* de Tomic. Dante y Petrarca son los autores preferidos de la literatura italiana, mientras en la posesión de obras castellanas domina la variedad en los gustos; por ejemplo, los libros de caballerías no interesaron demasiado a los sectores más cultos de la ciudad, excepto los nobles. La *Celestina* conoció un proceso de difusión que pasó de la distinción a la divulgación, si en la primera mitad del siglo fueron nobles y clero los principales poseedores de la tragicomedia de Rojas, en los años siguientes su proyección alcanzó a todos los grupos sociales. Otros libros que obtuvieron un gran favor entre las élites barcelonesas fueron el *Marco Aurelio* de Guevara —si exceptuamos a los juristas, y las Crónicas de España. Sobresalen gustos más específicos, por ejemplo, los mercaderes manifestaron bastante interés por las Historias de Indias, el clero por la *Silva de varia lección* de Mexía, etc.

En la Barcelona del siglo XVI envolviendo los grupos más elevados de las élites del poder se situaba la realidad más amplia de las élites culturales, que a través de lazos personales y vínculos clientelares, justificaban la pervivencia de unos grupos bien definidos. De este modo, se desdibujaban las fronteras entre los altos estratos de la sociedad barcelonesa, y se diluían los límites de los valores definitorios en un proceso de mixtificación, con grupos que alcanzaban a cruzarse con las élites plebeyas, la aristocracia del comercio y del artesanado, que en algunos casos serían los primeros en vincularse a nuevos signos culturales próximos a la dinámica económica y del poder antes que los grupos propiamente privilegiados.

La variedad, la receptividad y la permeabilidad fueron algunos de los rasgos constitutivos y básicos de las élites barcelonesas en la época moderna, al tiempo que cultivaban elementos culturales que les permitían distinguirse en el conjunto de la sociedad urbana de la capital catalana, las extensas y variadas prácticas de la cultura escrita son un buen ejemplo. Las lecturas (o sólo la posesión de libros) pueden indicar posibles estrategias para alcanzar ciertos fines, y advierten de la existencia de relaciones sociales, de proyecciones culturales horizontales y verticales en la jerarquía social. En este sentido, las élites barcelonesas poseyeron valores y gustos compartidos pero también valores y gustos divergentes. No existió un modelo de lector entre las élites culturales de la ciudad, en todo caso inclinaciones en los gustos.

*Universidad Autònoma de Barcelona*

RESUMEN: *La valoración de las actitudes culturales de las élites barcelonesas durante el Quinientos ante el libro y la cultura escrita permite al autor trazar*

*algunas de las estrategias que utilizaron estos grupos socio-profesionales para ocupar un papel decisivo y notorio en la sociedad urbana barcelonesa. Actitudes que serán compartidas y que, a un tiempo, serán divergentes. En el ámbito de las lecturas no existieron modelos de lectores claramente definidos: distinción y divulgación se interaccionan en una dinámica que sobrepasa las clásicas dicotomías entre cultura de élites y cultura popular.*

*SUMMARY: The valuation of the cultural attitudes regarding books and written culture of the Barcelona's élites during the XV century allow the author to trace some of the strategies used by those socio-professional groups in order to play an outstanding role in the urban society of that city. These attitudes had a double nature because they were, at the same time, shared but divergent. Concerning reading matters, Peña affirms that a clearly defined model of reader didn't exist: distinction and divergence interacted among themselves in a dynamic that surpassed the traditional dichotomy between the culture of élites and the popular culture.*